

pables recuerdos, su piedad sin límites y aquella humildad que rescataba con tanta ventaja los excesos de un Pontífice, desgraciadamente célebre en los anales de la Iglesia, inclinaron al pontífice Julio III (de la familia del Monte) á ofrecer á Francisco el capelo de cardenal.

El temor de verse expuesto á semejantes honores le habia impedido presentarse en Roma en vida de Paulo III: sabe que el sacro Colegio confirma la resolucion del soberano Pontífice, y sin esperar ni aun la respuesta de Carlos V, trata de sustraerse á las nuevas dignidades que le amenazan, refugiándose á la patria de Ignacio de Loyola, de quien se ha propuesto ser un hijo humilde, hasta que el 12 de febrero recibió una carta del Emperador en que aceptaba la dimision de todos sus empleos, y declaraba no querer «disputar al gran maestro la eleccion que habia hecho.»

La ciudad de Oñate fue el lugar que el P. Francisco escogió para residir. Su ejemplo y las virtudes que desplegaba debian tener un profundo eco en todos los ángulos de la monarquía española. El Dr. Juan de Ávila, uno de los hombres mas científicos que se hallaban en aquel tiempo respecto á los trabajos ímprobos y serios estudios, se hallaba íntimamente unido á Loyola por los vínculos de la amistad, y reputándose indigno de formar parte del Instituto, anunciándose únicamente como su precursor, se aplicaba á formar hombres de mérito, en cuyo número se debe contar á D. Santiago de Guzman, hijo del conde de Bailen, y al Dr. D. Loarte, remitiéndoselos en seguida á Loyola. El Padre Francisco seguia en Oñate la misma máxima; poniéndose bajo su direccion D. Sancho de Castilla y D. Pedro de Navarra, que formaban con D. Bustamante una escuela en que el P. Francisco les enseñaba, en el reposo de su soledad, á combatirse á sí mismos para vencer mas tarde á sus enemigos.

La vida contemplativa tenia sus encantos para Francisco; empero el duque de Gandía no se habia propuesto unirse al Instituto con el objeto de buscar en él su propia satisfaccion por santa que fuese. Loyola necesitaba soldados; por cuya razon ordena al P. Francisco que mortifique sus inclinaciones, y recorra la España para consolar y padecer: se pone efectivamente en camino: visita á la grandeza compuesta toda de consanguíneos suyos; prodiga al pueblo su doctrina, se detiene en la corte de Carlos V, convierte á los pecadores, edifica á los fieles, echa en cada ciu-

dad los cimientos de un colegio ó de la casa de la Compañía, y se dirige por último á Portugal hácia fines de octubre de 1553.

De este reino pasó á Valladolid, donde residia Felipe II, hijo del Emperador. Durante el curso de su viaje habia constantemente elegido para morada el hospital de la poblacion á donde llegaba, y practicó lo mismo en esta ciudad. Allí, como en todas partes, llegaron á asestarle en su mansion humilde los honores que detestaba. Ignacio, que habia sabido las ventajas que el Padre Francisco acarrea al Instituto, y que el movimiento se hacia indispensable para un hombre que sabia tan bien encadenar los corazones, le nombró comisario¹ de Portugal y de España.

Hallábase á la sazón dividido este último reino en tres provincias: la de Aragon, Castilla y Andalucía, gobernadas por los Padres Rodriguez, Araoz y Turrian.

Comunicó el P. Francisco en el espacio de dos años un tal impulso á estas provincias, que parecen elevarse como por milagro en cada ciudad las casas y los colegios. En Granada, Valladolid, Medina, Sanlúcar, Monterey, Burgos, Valencia, Murcia, Plasencia y Sevilla, se ven coligarse los cardenales, los obispos, los magistrados y los hombres mas distinguidos de la Orden de santo Domingo, entre los cuales se contaban Pedro Guerrero, arzobispo de Granada, Juan Micon y Luis Bertran, para secundar los esfuerzos de la Compañía.

No tiene mas que desear el P. Francisco, y su deseo se ve al instante cumplido: pisa el suelo español, y salen de sus pisadas otros tantos edificios para la Compañía: llama su voz operarios para la viña del Señor, y acuden estos de todas partes. El 25 de julio de 1554 es reconocido Felipe II, por el Emperador su padre, como rey de Nápoles y duque de Milan: va á celebrar su enlace con la reina María de Inglaterra, y quiere, por un primer acto de su soberanía, investir con la púrpura romana al P. Francisco, que ya habia rehusado esta dignidad cuando se la ofrecieron Carlos V y el Papa. Reputábase el Jesuita un miserable pecador, como él mismo decia; y en esta conviccion, supo resistir á la voluntad férrea de Felipe II, quien á pesar de la inflexibilidad de su carácter cede al ascendiente de semejante humildad.

Hallábanse las cosas en este estado de prosperidad, cuando

¹ El título de comisario y las funciones inherentes á este cargo fueron abolidas en 1565, como incompatibles con el de provincial.

Strada pasó á fundar una casa de la Compañía en la ciudad de Zaragoza; donde encontró una dificultad imprevista por la posición de localidades. Existía en las costumbres de la antigua Iglesia una ley que prohibía edificar capillas ó conventos en las cercanías de las parroquias y otros conventos ya establecidos, y que tenía por objeto precaver las disputas ó celos de precedencia. La elocuencia de Strada ofrecía á los Jesuitas un gran número de domicilios; pero era ya tan considerable en esta población el de conventos y parroquias, que todas las casas que les ofrecían entraban en la disposición de la ley. Los frailes y los curas de la ciudad apelaban á sus privilegios, y hasta al año de 1553 no les señalaron una fuera de los límites prefijados. El martes de Pascua, víspera del día de la inauguración de la capilla, y señalado por Fernando de Aragon, arzobispo de Zaragoza, Marcos Lopez, vicario general de la ciudad, ordenó al P. Brama, superior de la casa, diferir la ceremonia. Alegaba como motivo las quejas dadas por los Agustinos, quienes pretendían que la capilla estaba construida sobre un terreno mixto, puesto que se hallaba enclavado en su vecindad. El P. Brama contesta que no puede obedecer una orden tan poco fundada, enseña los privilegios de la Compañía á los canonistas, quienes declaran que se puede pasar á la inauguración. En vista de lo cual, el guardian de los Franciscos, protector de los litigantes, amenaza á los Jesuitas con la excomunión: Brama apela á la Santa Sede, y da principio á la ceremonia.

Durante la misa manda Lopez publicar un edicto por el que bajo las mas terribles censuras se prohíbe á los fieles frecuentar la capilla. Luego que fue lanzado el anatema contra los Padres, el clero y los Agustinos recorrieron la ciudad, cantando el salmo cviii, y repitiendo con ellos la multitud los versículos de la reprobación de esta manera: «Amó la maldición, y le caerá encima; ha rechazado la bendición, y se alejará de él: vistióse de la maldición como de un vestido, y la maldición ha penetrado como el agua en sus entrañas, ó como el aceite en sus huesos: venga á ser como el vestido que le cubre y como el cinturón que le rodea.»

Empero Lopez no había aun vengado lo bastante su autoridad desconocida; la ciudad entera había asistido á la toma de posesión, y declaró á la ciudad entera profanada é infecta de herejía

por haber acogido á los Jesuitas en sus muros. Una excomunión, cualesquiera que fuese el pretexto que la motivase, era á la sazón en España una cosa muy seria. Los Agustinos hacían circular por las calles unas imágenes en que estaban representados los Jesuitas impelidos hácia el infierno por numerosas legiones de diablos á cual mas horribles: alborótanse los ánimos á la sola idea del anatema; y atribuyendo la culpa á los Jesuitas, se agrupan á la puerta de su domicilio, rompen las ventanas á pedradas, y forman una procesión fúnebre entonando el oficio de difuntos con un Cristo enlutado, rodeando la casa proscrita durante tres dias consecutivos. Oyense resonar de cuando en cuando los gritos de ¡Misericordia, misericordia! como queriendo conmover al cielo, cuya entrada les acababa de cerrar Lopez; pero el cielo se hizo tan sordo como aquel á unas lamentaciones que debían acabar por exasperar á un pueblo iluso.

Esta comedia no podía menos de tener un fatal desenlace; conociólo así el P. Brama, y para no agravar el delito de los enemigos de la Compañía, tomó un partido prudente.

Los Jesuitas abandonaron la casa donde durante mas de quince dias se vieron sitiados por aquellas fantasmagorías suscitadas por algunos frailes; pero bien pronto el arzobispo de Aragon, el nuncio del Papa y la reina doña Juana, madre del emperador Carlos V, intervinieron en el negocio. El origen de la querrela que habían suscitado los Agustinos fue examinado jurídicamente, y el tribunal eclesiástico pronunció en su contra. Levantáronse al momento las censuras, el entredicho y la excomunión, quedando todo reducido á la nada; y el pueblo, que ya no cree que los Jesuitas le acarreen el infierno, se persuade de la santidad de su Instituto pidiéndolos en voz pública, y vuelven á entrar triunfantes en Zaragoza: salen á su encuentro los magistrados, el clero, la nobleza y el mismo Lopez acompañándolos hasta su casa: el Virey, que los esperaba en ella, les entrega las llaves, y desde aquel dia pudieron sin mas obstáculos entregarse á sus ejercicios espirituales y á las tareas que indicaba el Padre Francisco.

El prestigio de su nombre y las virtudes que había aumentado en su persona, sofocaron muy luego en España el germen de la oposición contra la Orden, pudiendo con razón decirse que Borja fue en realidad el fundador de la Compañía en la Península.

Empero todos los reinos no se mostraron tan favorables á la propagacion del Instituto; la Francia en especial, y por el órgano del arzobispo, de la universidad y del parlamento de Paris, se declaró su adversaria.

Sus principios en el reino cristianísimo no habian pasado de ser medianos, y la Compañía se habia hecho pequeña, esperando propagarse á la sombra de su humildad; pero estaba demasiado interesada la universidad en combatirla para observar en completa neutralidad los medios de que se valia para preparar sus caminos. Las nociones que la universidad de Paris tenia del Instituto y la utilidad que presagiaba que podrian prestar sus miembros, debia por precision hacer mas viva su alarma y mas marcada su repugnancia. En el mismo Paris y en medio de la situacion precaria en que se hallaban colocados los individuos de la Compañía, cuyo número era tan reducido, se dejaban ya ver hombres de un raro talento, tales como Viole, Pelletier, Pablo Aquiles y Everardo Mercurian. Varios jóvenes de grandes esperanzas se adherian á estos Padres, y Guillermo du Prat, obispo de Clermont, continuaba dispensándoles su amistad, que tan provechosa les era. En 1549 ya se hallaba esta colonia en disposicion de suministrar al general hábiles maestros, á quienes Ignacio envió á Sicilia para fundar un colegio, en cuyo número se contaban Pelletier, Roilet, Forcada y Morel, encargados de esta importante mision: la misma universidad parecia no estar muy distante de acoger en su seno á semejantes hombres, puesto que agració al P. Viole con el empleo de procurador del colegio de los lombardos.

Este nombramiento fue confirmado por los dos consejeros de la Corona; pero no le costó trabajo á Loyola descubrir los motivos que habian determinado esta eleccion. Esperaba la universidad atraer hácia sí á los hermanos de la Compañía, y hacer imposible por medio de este acceso su establecimiento en la capital. Por lo que el General ordenó á Viole que hiciese dimision de sus funciones, y á todos los estudiantes que renunciasen todas las becas de que disfrutaban, y la orden fue ejecutada puntualmente. En el mismo año dió Loyola á sus discípulos de Paris un protector mas poderoso aun que du Prat; este era Carlos de Guisa, que tomó el título de cardenal de Lorena después que falleció su tío el cardenal Luis de Borbon.

CAPÍTULO VI.

El cardenal de Lorena empeña á Enrique II, rey de Francia, á que autorice en su reino á la Compañía. — Opónese el Parlamento, la universidad y el arzobispo de Paris. — Descripción de los parlamentos. — Orígen de su autoridad. — Disensiones entre el Rey y Parlamento. — Reales despachos. — Eustaquio du Bellay se opone á los Jesuitas. — Motivos de su oposicion. — Jesuitas en Córcega. — Canisio en Alemania. — Su catecismo. — Carta del rey de romanos. — Colegio de Viena. — Canisio rehusa el obispado de Praga. — Colegio de esta ciudad. — Ignacio en Roma. — Escribe al ejército expedicionario para el África. — Laynez y su desobediencia. — Su arrepentimiento. — Paulo IV adversario de la Sociedad. — Intenta dar el capelo á Laynez. — Agonía de Loyola. — Su muerte. — El colegio Romano y el Germánico.

Habia Guisa pasado á Roma con el objeto de invitar al Pontífice á entablar una liga con el duque de Ferrara y la república de Venecia en contra del Emperador. Vióse Loyola con él durante su mansion en Italia; explicóle el objeto de su Instituto, que habia llegado á ser el coco de la universidad, y el cardenal le empenó su palabra de proteger á sus hijos en su patria; cumpliendo religiosamente su palabra.

Apenas regresó á Francia este Prelado, hizo ver al rey Enrique II las numerosas ventajas que resultarían á su corona de la admision de la nueva Orden. Hacia ya largo tiempo que Enrique ansiaba un remedio que bastase á contener los disturbios que el protestantismo suscitaba en todos los ángulos del reino; conocia por otro lado los bienes que estaban haciendo á la Alemania los Jesuitas, puesto que reanimaban la fe, y se oponian con éxito á los progresos de la herejía. Los demás príncipes, sus rivales y vecinos, se valian de estos individuos, ya oponiéndolos como un escudo contra las perniciosas doctrinas de los novadores, ora como una palanca para trabajar en la educacion de los jóvenes, y no quiso quedarse en zaga al impulso de que habia sido testigo.

En el mes de enero de 1550 expidió el Monarca un decreto por el que, «aceptando y aprobando las bulas que habia obtenido la «Compañía de Jesús, concedia á sus individuos la facultad de